



ACUARELA DE LUIS CONTRERAS

OROMANA

REVISTA ESPAÑOLA
Y DE EXALTACIÓN A LA BÉTICA UBÉRRIMA E INMORTAL

Pedro Raida.—Diego Molleja Rueda.—José Martín Jiménez.—Antonio Cercós.—Manuel Calvo Araujo.—Antonio Guerra Ojeda.—José M.^a Monfort.—Adriano del Valle.—Manuel Contreras Carrión.—Enrique Real Magdaleno.—Antonio Viñolo Montes.—Fernando García Gimeno.—A. Martínez Badajoz.—Fernando de los Ríos.—Memorias históricas de Alcalá de Guadaíra.—Acuarela de Luis Contreras.—Cuadro de R. González Sáenz.—Fotos J. Becerril.

NÚMERO DIEZ Y SEIS © AÑO TERCERO

PRECIO: CINCUENTA CÉNTIMOS



ACEITE ESPAÑOL

ALTEZA

PRODUCTO PURÍSIMO
DE OLIVAS SELECTAS

MARTI y GUTIERREZ

COSECHEROS y EXTRACTORES
ALCALÁ DE GUADAIRA
SEVILLA

OROMANA

REVISTA ESPAÑOLA

Y DE EXALTACIÓN A LA BÉTICA UBÉRRIMA E INMORTAL

AÑO TERCERO

DIRECTOR: M. CARMONA DE LOS RÍOS

ARTE Y COLABORACIÓN: PEDRO RAIDÁ

ADMINISTRACIÓN:

VELÁZQUEZ. 11

SEVILLA

REDACCIÓN:

ORELLANA. 32

ALCALÁ DE GUADAIRA

NÚMERO DIEZ Y SEIS
ENERO 1926

REGALO DE AÑO NUEVO

DE LAS PRETÉRITAS Y HUMILDES EMOCIONES

A D. Antonio Guerra Ojeda; un amigo ilustre y un poeta clásico, que adorna su frente con viriles laureles de sinceridad.

PERSONAJES:

AGUILITA — ROSARITO — CARMELA — DOÑA ANGELES — DON MIGUEL — ANTONIO — PEPITO

Modesta y espaciosa habitación, amueblada con fino gusto, en el piso principal de la casa — mansión de égloga — de nuestro amigo D. Miguel Escribano, y en Alcor del Guadiaro, pueblo fuerte, pueblo activo y pueblo riente de Andalucía. Gran ciervo de cristales — en medio — y ventanas a lado y lado, forman el tríptico mirador a cuanto es la fastuosa luz, y a cuanto es la poemática serenidad de un jardín bañado en armonía de sol, bañado en amor de Dios. Mesa, sobre piso blandamente esterado. Cuadros, por murales altaneros de cal. Medio día, de vísperas de Nochebuena, y medio día de gloria en la dulce castidad del interior.

Sentadas alrededor de la mesa, Aguilita y Rosarito. Hermanas son, y son morenas, y son de carita de verso, en el cual retoñan las coplas de catorce y de quince primaveras. Linda edad para leer una revista madrileña y un diario sevillano.

AGUILITA.—Oye, Rosarito, ¿tú has visto este pasatiempo tan raro? *Señalándole página y lugar en "Blanco y Negro"*.

ROSARITO.—Ahora lo veo. ¿Ha dicho papá lo que significa?

AGUILITA.—Si lleva ya tres noches rompiéndose la cabeza — y Antonio con él — ¡y no lo aciertan!

ROSARITO.—Ya lo acertarán.

AGUILITA.—O no... Puede que les suceda con éste lo que les sucedió con el otro...: a esperar la solución en el próximo número.

ROSARITO.—*Inconscientemente escéptica*. Bueno; allá ellos... *Pausa*. Y tú ¿has leído lo de las grandes fiestas que se preparan en Madrid?

AGUILITA.—El título, nada más.

ROSARITO.—Por mi parte, aquí tienes el periódico.

AGUILITA.—Véngalo y toma tú la revista.

Afirman el cambio. Aguilita, melancólicamente extasiada, parece no tener más ojos que al mirar, y no más alma que a la delectación de ciertas calles y ciertos edificios de Madrid; desde ciertas ilustraciones y ciertos fotograbados de la publicación.

ROSARITO.—*Reparando en el marco, donde su hermana planta la mayor atención. Singularmente e inexplicablemente jubilosa*. ¡Qué grande y qué hermosa es la Puerta del Sol!

AGUILITA.—¡Más grande y más hermosa es la calle de Alcalá!

ROSARITO.—Dí que preciosas una y otra.

AGUILITA.—¿Nos quedaremos sin ver Madrid, Rosarito?

ROSARITO.—¡Yo no me quisiera morir sin verlo!

AGUILITA.—¡Ay, ni yo..!

Carmela entra de la calle, y tocada de velo. Por el tibio mármol de su estatua viviente, trepan los rosales de veinte Abriles. Encantadora como sus hermanitas Rosarito y Aguilita, y, como ellas, de penetrante hermosura, y, como ellas, simpática a chorros; a chorros de argentina y pasional corriente.

CARMELA.—Buenas tardes, hermanas.

ROSARITO y AGUILITA.—Hermana, buenas tardes.

AGUILITA.—¡Pronto se ha pasado el tiempo!

ROSARITO.—Es verdad.

CARMELA.—Para mí no tan pronto. ¡Cuando las doce se esperan desde las ocho de la mañana, y sólo para el teclado de una máquina que no se cansa..! *Pausa*. ¿Y papá?

AGUILITA.—Todavía no ha venido.

CARMELA.—*Sorprendida*. ¿Que no ha venido todavía?

ROSARITO.—Dice la verdad, hermana; que papá todavía no ha venido.

CARMELA.—Raro es; porque él siempre me adelanta. *Otra pausa*. Me iré, entretanto, a quitar el velo.

A la par que ella la abandona, Antonio invade la sala con impetuosidades campechanas y joviales. Brinda gallarda apostura y revela en su mirada, suave y aguda, un equilibradísimo juicio para veintitrés años. Cual sus hermanas Carmela, Rosarito y Aguilita, es convencido amador de la vida. Y, cual ellas, si ríe, caudalosamente retozando los labios,

asimismo, cual ellas, sabe constituirse excelso y grave en el alma, y excelso y honrado en el espíritu; con atavíos de nobles alegrías. Todo en él son—en tono viril—pintas y reminiscencias de la familia. Y toda ésta, en sus pintas y en sus reminiscencias, establece un aroma fuerte de pura bondad.

ANTONIO.—¡Hermanas, buenas tardes!

AGUILITA y ROSARITO.—¡Buenas tardes, hermano!

ROSARITO.—¡Y ya está éste también aquí!

AGUILITA.—¿Son ya las doce y media?

ANTONIO.—Y algo más. *Reflexionando y adivinando súbitamente.* Cuando me preguntáis por la hora, ¿es que papá no ha venido todavía?

ROSARITO y AGUILITA.—Todavía, no.

ANTONIO.—No me lo explico... *Pausa.*

AGUILITA.—¿Se habrá retrasado en la oficina?

ANTONIO.—Por allí pasé al salir de la mía, y no estaba.

ROSARITO.—¿Habrá ido a Sevilla?

ANTONIO.—Lo hubiera avisado. *Nueva pausa, tras de la sonrisa del firme optimismo.* Impaciente estoy por verlo, ¡y decirle que esta mañana, mientras procedía a unos asientos de contabilidad, se me ocurrió la solución del pasatiempo que nos traía tan cruelmente intrigados!

Más intrigadas aún — pero sin angustias — las hermanas, se levantan, se acercan a Antonio y se incautan de sus hombros.

AGUILITA.—¿Cuál es?

ROSARITO.—¿Cuál es, por fin?

ANTONIO.—Pues sencillamente: «Madrid moderno».

AGUILITA.—¡Qué gracioso..!

ROSARITO.—¡Cosa de Madrid había de ser..!

ANTONIO.—*Gozoso.* ¡Y que por esta vez no me disputa nadie el campeonato! *Y repetida pausa.* ¿Sienten ustedes frío aquí, en la sala?

AGUILITA.—¿Con el sol que entra?

ROSARITO.—¡Y el día tan lindo!

ANTONIO.—Pues yo voy al jardín; se estará mejor, hasta tanto llegue papá.

AGUILITA.—Te acompañaré.

ROSARITO.—Yo también.

ANTONIO.—Entonces, andando. *Empuja a las dos, que salen, y él tras de ellas.*

A paso lento, diríase medido, acércase Doña Angeles. Muy gentil señora de pueblo, el ama de la casa. Surge la exclamación, observando su frente, reveladora de tranquila conciencia: ¿cuarenta y seis, cuarenta y ocho años? Natural y sencilla, y en su rostro acusados rasgos de pasado hermoso, de bella juventud. Modula voz agradable y leve como su temperamento; su temperamento de sana fluidad, su temperamento de entrañable esposa y su temperamento de óptima madre. ¡Qué dicha de mujer!

DOÑA ANGELES.—¡Lo que se tarda hoy Miguel! Cuidado con la una ya, y sin venir. Desde las doce tengo el almuerzo hecho, y sin atreverme a que esas criaturas se pongan a la mesa, para que estemos juntos.

Se asoma al cierro de cristales y mira hacia todos lados. Emite la misma exclamación

de sus hijas, y éstas — en ocasiones oportunas — de la madre: ¡Ni señal..! Coge el "Blanco y Negro" y "El Noticiero Sevillano", los pone a un lado sobre una silla, y después ordena y alisa el paño de la mesa. Se detiene pensativa. ¡No sé qué hacer! Estoy porque almuercen esos angelitos... y en todo caso, yo lo haré con Miguel, cuando se presente... Resuelta a marcharse. Pausa. Suenan, golpean varoniles pasos... No son otros que los de nuestro Don Miguel, querido y aludido repetidamente. Don Miguel, esposo de Doña Angeles, cuenta con la situación de apoderado en la Empresa Nacional de Aceites, honra y nervio de la industria de Alcor del Guadiaro. Frisa en los cincuenta años, que no ha cumplido, y en cambio, no representa más allá de los cuarenta, pues su gran figura de hombre resalta firme y lozana. Cuanto es en la integridad y la caballeridad, presto lo veremos.

DON MIGUEL.—¡Estarían ustedes ya inquietas, a la hora que es y yo no llegaba!

DOÑA ANGELES.—*Sin alterar la magia de su temple, remansado y resignado.* Calcúlale, hombre, y sin saber...

DON MIGUEL.—A sentarnos, y te contaré. Dime primero si está Antonio.

DOÑA ANGELES.—En el jardín con las niñas.

DON MIGUEL.—Me tarda saber el efecto que le ha de producir, cuando yo le diga ¡que ya he acertado el pasatiempo!

DOÑA ANGELES.—¿En esa niñada estás pensando ahora, Miguel?

DON MIGUEL.—Niñada, si quieres, pero pienso en ella, porque parece que hubo coincidencia espiritual entre la solución del pasatiempo y el motivo a cuya solución fuí esta mañana a Sevilla.

DOÑA ANGELES.—Ah, ¡por eso te has tardado tanto!

DON MIGUEL.—Justamente. Fuí a un encargo de urgencia. Y por cierto — lo que nunca me pasó — me hallé sin tiempo y sin medios de avisarte. Pero aquí tienes el encargo... que me obligó al viaje de Sevilla. *De un bolsillo de cartera, saca un kilométrico y lo coloca sobre la mesa. La esposa, libre de curiosidad, instintivamente lo coge — ábrelo — y experimenta extraña sensación, al dar — en interior de pasta — con la fotografía de toda la familia.*

DOÑA ANGELES.—¡Explicame esto, Miguel!

DON MIGUEL.—Un encargo de Sevilla, Angeles.

DOÑA ANGELES.—¿Y qué clase de encargo es éste, en que estamos todos retratados? ¿Y era el marco que mandarías colocar al retrato de la familia, cuando te lo llevaste el otro día a Sevilla, y lo devolviste tal cual fué?

DON MIGUEL.—*Sonriendo la ocurrencia.* Eso es... ¡Ya apreciarás la finura de un marco bonito!

DOÑA ANGELES.—*Imperturbable.* No entiendo..., ni me doy cuenta de lo que te propones.

DON MIGUEL.—Mi regalo de año nuevo.

DOÑA ANGELES.—¿Tu regalo de año nuevo?

DON MIGUEL.—Sí, mujer; mi regalo de año nuevo. ¿No ha de ser un preciado y un soñado regalo, para todos nosotros, el amanecer el día de año nuevo en Madrid?

DOÑA ANGELES.—*De pie y como alarmada.* ¿Has perdido la cabeza, Miguel?

DON MIGUEL.—*La sonrisa no le abandona y fulge*

más retozona en sus miradas inteligentes. Por antojarseme que la tengo en su lugar, es por lo que creo haber acertado en el regalo.

DOÑA ANGELES.—¡Miguel! ¡Yo te digo que tú no tienes buena la cabeza!

DON MIGUEL.—Vaya que así sea, pero ¿no me concederás buena la memoria?

DOÑA ANGELES.—¿Te he pedido, acaso, alguna vez, que hicieras lo que has hecho?

DON MIGUEL.—No sabría cómo contestarte, Angeles.

DOÑA ANGELES.—*Encantadoramente burlona y sensitivamente cordial, para lo que supone acto impremeditado y extravagante del esposo.* ¿Me has cogido, soñando, alguna palabra?

DON MIGUEL.—¡Quién sabe!

DOÑA ANGELES.—*Reitera su afán a sonreír maliciosamente, sin malicia, porque ella no más que buena le cabe ser en todos sus gestos y en todas sus actitudes.* ¿Y ello cuándo?

DON MIGUEL.—En los días que éramos novios. En los días en que soñábamos los dos. Me dijiste, por un Abril de aquellos años — en la reja aleteábamos las páginas de un «Blanco y Negro» — que toda tu ilusión sería ver Madrid, y que no querías, sin haber contemplado la Gran Ciudad, que te sorprendiera la muerte. «¡Y yo también!», te contesté, porque tampoco me hubiera conformado a trasladarme al otro mundo, sin haber estado previamente en el mundo que tú suspirabas por conocer.

DOÑA ANGELES.—¡Mira que acordarte ahora, Dios mío, de lo que fué una ilusión de mocita, mocita de pueblo hojeando las estampas de la capital!

DON MIGUEL.—Fué ilusión de tu mocedad, y fué ilusión de la mía. Ilusión que si tú adormeciste para siempre, ¡yo le encendí a todas horas estrellas y le aventé braseros!

DOÑA ANGELES.—Sin duda te imaginas...

DON MIGUEL.—Evita argumentos... No me persuadirás.

DOÑA ANGELES.—Quería manifestarte que no pensaras que había de irme tan lejos...

DON MIGUEL.—*Resueltamente generoso.* ¡Con todos nosotros, sí!

DOÑA ANGELES.—¡Ustedes! ¡Tú y los niños! Yo en mi casita, que no he de abandonar. ¡Aquello ya pasó, hombre!

DON MIGUEL.—Pasó, porque te sentiste madre, y te sentiste con cariño de hogar. Pasó, porque sentiste la llama y sentiste el deber de cuidar a nuestros hijos. Pasó, porque sentiste los anhelos, y sentiste los amores de tenernos a todos contentos, y ostentarnos la casa ordenada y pulcra, a nuestro goce y disfrute. Pasó, en fin, lo que pasó; pero lo que no pasó, ni se amortiguó, es la tierna claridad de ese dorado sol, que reverberó hora por hora, de día en día, año tras año, en el imperio celeste — nada importa si trivial o diminuto — del que tú nombras sueño de mocita — y yo añado que de tu mocedad y de la mía — ¡y que ha revivido pujante y ardoroso y embriagador en el alma de nuestros hijos! ¿No te has apercibido alguna vez ¡de ellos!, soñando hogaño — cual antaño nosotros — en ver Madrid; repetir nuestras mismas palabras, arrebatados por la misma quimera de emprender algún día el viaje ideal, palpitantes de gloria y de hechizo?

DOÑA ANGELES.—¡En un sin fin de ocasiones! Las mismas de pena y de tristeza en mi ánimo; recelando que la fortuna no les amparara y les facilitara sus deseos.

DON MIGUEL.—Pues ya adviertes que hemos coincidido, Angeles. No parece sino que el corazón nos acordaba el mismo sentimiento...

DOÑA ANGELES.—¡Si yo después de todo me alegro! Pero id ustedes; dejadme a mí en mi casita...

DON MIGUEL.—¿Permitirás que tus hijos vayan solos?

DOÑA ANGELES.—¿Solos, yendo contigo?

DON MIGUEL.—¡Como si solos vinieran conmigo! Porque Madrid no más que ellos han de admirarlo.

DOÑA ANGELES.—¿Y tú?

DON MIGUEL.—¿Yo? ¡Error! Mi Madrid — ¡nuestro Madrid! — el que hubiéramos de recorrer tú y yo — ha cinco lustros — no existe, es que no puede existir. El Madrid al que ahora te quiero llevar, será el Madrid de otros sueños; sueños que ya nos abandonaron para triunfar en las fragantes juventudes de Aguilita, Rosarito, Carmela, Antonio, Pepito. ¡A ellos, por egregia ley, a ellos pertenece el Madrid de estos instantes del camino y de la vida!

DOÑA ANGELES.—Tal vez sea así, Miguel. *Conmovida.* ¡Sí, así es!

DON MIGUEL.—*Se levanta y se acerca, orgullosamente acariciante, a la compañera fiel, incansable; religiosa esposa, diosa madre.* Y ya que es así, y siendo así, ¡todos andaremos..! Madrid para nuestros hijos; para ti y para mí, la celebración de ¡veinticinco años en nuestras existencias unidas! ¿Comprendes? ¡En Madrid nos aguardan las bodas de plata, y el amanecer del tiempo en que se inician las de oro..! Madrid, para nuestros hijos. A nosotros nos bastará saber que existe para ellos, y que hoy valdrá juntamente por el de ellos y por el nuestro.

DOÑA ANGELES.—Dios mío ¡cuando todos se enteren!

DON MIGUEL.—¡Yo quiero que sea pronto! ¡Ahora mismo!

DOÑA ANGELES.—*En el cierro, de una a otra ventana y en todo el tríptico mirador.* ¡Aguilita! ¡Rosarito! ¡Carmela! ¡Antonio! ¡Pepito! ¡Aguilita! ¡Rosarito! ¡Carmela! ¡Antonio! ¡Pepito!

Todos llegan resplandecientes de vigoroso entusiasmo, rompiendo en sus caras saludables los fanales de risas, oleajes de solera y ríos de manzanilla. Diríase que niños son aún, como el benjamín de la casa: Pepito. ¡Oh, personaje! Ocho Mayos le han arribado y ya promete ser el varón más fuerte y más apuesto de la localidad. Trae sangre en las venas y trae hierro en los músculos.

AGUILITA.—¿Qué ocurre, mamá?

DOÑA ANGELES.—Nada, hija. No te alarmes.

ROSARITO.—Desde la primera vez que llamaste te sentimos.

DOÑA ANGELES.—Me figuré que...

CARMELA.—Yo estaba en el fondo del jardín y te oí perfectamente.

DOÑA ANGELES.—Pues, hijas...

PEPITO.—¡Papá!

DON MIGUEL.—¡Hijo! ¿Y qué facha es ésta?

PEPITO.—*Ríe y habla, y acciona con todo el cuerpo.* He sembrado esta mañana muchas cosas... y...

ANTONIO.—¡Tengo que contarte, papá..!

DON MIGUEL.—¡Yo a ti también..!

Doña Asunción mira a todos con ansia de luz en la promesa. Y hay un instante en que las cosas pequeñas adquieren el portentoso relieve a la prosperidad de unas bodas de plata, que atravesarán el pórtico azul, hacia el templo de las bodas de oro...

PEDRO RAIDÁ

LA PLAYA DE SANLUCAR

RAPSODIA

MOTIVOS

I, HISTÓRICO. — II, LEGENDARIO. — III, POPULAR.
IV, AMATORIO. — V, OFRENDA.

I

¡Oh dioses de los mares,
Dejad vuestros altares!
Del *Tenebroso* ya cesó el misterio.
A un hemisferio unióse otro hemisferio;
que el genio soberano
de Sebastián Eicano
—de abnegación ejemplo sin segundo—
pudo probar la redondez del mundo.
Bien haya el héroe explorador, bien haya.
Oh venturosa playa,
Deja que el claro sol de Andalucía
y el Betis junto con el mar de Atlante,
truequen tu arena en rica pedrería,
alfombra deslumbrante
que dé paso al glorioso navegante.
Oh bendecida playa,
el gran Colón bien haya,
que despreciando la contraria suerte,
vence al Destino y triunfa de la Muerte.
Recibe al gran descubridor gozosa,
en su tercera empresa victoriosa.
Y a Magallanes —íncito guerrero—
que al trazar el segundo derrotero
conducente a las Indias orientales,
legó a la Historia hazañas inmortales,
el Pacífico mar a la Oceanía
y sucumbió bajo salvaje acero,
cantad, olas, cantad honda elegía.

II

Oh legendaria playa,
Dios aquí puso la soberbia a raya.
Aquí Dios, justiciero,
en tiempos medievales,
dió castigo al soberbio caballero
que, al divisar cargada su galera
con cuantiosos caudales,
«soy rico— dijo— aunque el Señor no quiera».
En el instante mismo
tragóse los caudales el abismo
y el pecador, muy luego,
por la horrible blasfemia quedó ciego.

III

Bien haya el rudo pescador, bien haya.
Hospitalaria playa,
presta descanso al argonauta eterno
que por ganar el pan de cada día
a las traidoras olas desafía

—más traidoras que furias del Infierno—
y emprende la arriesgada travesía,
el corazón henchido de esperanza
anhelando la próspera bonanza
mientras, en el hogar, esposa amante,
llorosa y suplicante,
canta coplas que son santas plegarias
y estrofas funerarias:

(1) *"Parejas que mar adentro
echa furiosa borrasca,
quiera la Virgen del Carmen
que vuelvan pronto a la playa."*

—
*"Virgen de la Caridad,
ampara a los sanluqueños
que navegan en la mar."*

IV

Bien haya el reino del amor, bien haya.
Oh deliciosa playa,
que en hora matutina
mueve la azul ondulación ligera
la blonda cabellera
o el destrenzado rizo negroendrina
y en helénico busto se adivina,
tras los tenues cendales de la bruma,
figura venusina
cien veces renacer del alba espuma.
O de otra edad momentos vespertinos
que en vaivén incesante el oleaje,
tiende festón de vagoroso encaje
y dan al sol sus rostros peregrinos,
desde el breve rodar de la calesa
o en el landó de arreos argentinos,
la grave cordobesa,
la erguida jerezana
y la morena virgen sevillana.

V

Oh playa sanluqueña,
—trono ideal de la beldad trigueña
que en manto de esmeralda se aprisiona
y los pámpanos ciñe por corona—
acepta como ofrenda
episodios de historia y de leyenda
coplas de amor, de amor sencillo y santo
en que inspiré mi fervoroso canto.

(1) De «Coplas sanluqueñas» por el autor.

AL MARGEN
DE UN
LIBRO FAMOSO

LOS LIBROS GIOVANNI PAPINI

A mi respetable cura párroco y distinguido amigo D. Rafael Rodríguez

Hasta mis manos ha llegado el libro maravilloso de Giovanni Papini, *Historia de Cristo*. Pocas páginas han sido suficientes para que aparezca ante mí la fuerte personalidad moral del autor: su extraordinaria potencia de percepción y de sentimientos y su viva y afectuosa simpatía hacia todo lo humano.

Desde el primer momento se deduce por la enérgica vivacidad de su ingenio y por la sutileza profunda de sus concepciones, la fuerte impresión que sus ideas han de causar entre los espíritus más cultos y avisados.

Las ideas de este hombre sublime y original, son claras y fruto de una profunda convicción experimental, y como un inmenso faro iluminan la bruma mental de los hombres colmándola de puras sensaciones, de bellas imágenes, de ambientes y de colores.

Pocos hombres de la recia mentalidad de Papini, son tan discretos y comprensivos: ningún acto expresa en su extrema crudeza: ningún sufrimiento en su extrema desnudez: la fuerza misteriosa de su imaginación le conduce siempre a condenar la impureza, la maldad y el engaño, uniendo a su genio la gran bondad que posee, y expresándose siempre por la voz de la simpatía y de la compasión.

En todo su libro se ve cómo se inquieta por descubrirnos el fondo moral de sus ideas, haciéndonos ver el sufrimiento que envuelve nuestras vidas, mostrándonos la facultad de sentir la piedad, la belleza y el sentimiento.

Al adentrarse poco a poco en sus páginas se siente como si su grata y bella lectura nos fuese abriendo en la inteligencia un nuevo manantial de lozana inspiración y en el corazón un recio caudal de amor, de sinceridad y de fe.

¡Qué dulce es la palabra de Dios en estos bellos libros de Papini! Imaginaos que la tierra se os presenta «como un paraíso de delicias, como una tediosa Arcaida de satisfechos, como un inmenso coro triunfal».

Todo en él es consolador, es hermoso, es sublime, es infinito. Tanto en ese único momento en que Jesús arrebatado en santa ira, hace un azote de cuerdas y dice: «Quitad eso de aquí, y no queráis hacer de la casa de mi padre una casa de tráfico» y arroja del templo a los traficantes, a los especuladores, a los cambiantes, a los profanadores, como cuando dice: «El Reino de Dios es de los hombres y para los hombres. El Reino de Dios está dentro de vosotros. Haced perfecto y el Reino de Dios se extenderá sobre la tierra: crecerá entre los hombres.»

Ningún otro escritor cristiano ha dejado sentir tan dulcemente estas palabras: «Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os odian.»

Cuando llega hasta mí un libro tan bueno, tan sublime, tan humano me asalta un vehemente deseo de que todos los hombres lo conozcan: «los ricos, los soberbios, los satisfechos, los violentos, los pobres, los débiles, los humildes y los oprimidos. Quisiera que todos participasen de este con-

suelo, que todos escuchasen estas afectuosas palabras: «Que Jesús viene para vencer a los amos de la tierra—que pertenece a todos—; para confundir a los amos de la palabra; para condenar a los amos del oro.»

Este hombre singular lleva a nuestras almas, a través de las páginas de su libro, un poema de amor y de bondad tan sublime que cambia nuestro interior de hombre indiferente, haciendo en nuestro espíritu una completa renovación de ideas y de sentimientos.

A veces queda el espíritu suspenso de admiración ante tanta sinceridad y pureza; «Que tu mano izquierda no sepa lo que hace la derecha. Cuando quiera rezar enciértrate en tu cuarto. No hagas el mal nunca, ni en público ni en secreto: pero cuando hagas el bien escóndete para no dar a creer que lo haces para ser alabado.»

En este libro de Papini, se consigue lo que alguien ha dicho del genio: hacer mucho con poco; recoger en unas cuantas hojas de papel toda la verdad de la vida; evocar en un instante todo un mundo maravilloso lleno de imágenes que se imponen por sus figuras, por sus gestos y sus colores; narrar en un momento de mística visión la tragedia sublime de Cristo, fijándola para siempre en la retina de nuestros sentidos.

Algunas veces las visiones de Papini se imponen por su fuerza a su espíritu mismo, autoritariamente, agresivamente y lo separan de las sensaciones ordinarias, deslumbrado sin duda por la imagen infinita de la verdad y exclama: «Los ladrones roban los bienes deleznable, los asesinos matan el cuerpo perecedero. Pero los hipócritas ensucian las palabras de lo infinito, roban las promesas de eternidad, asesinan las almas.»

La actividad creadora de este hombre es algo divinamente extraordinario, que se realiza en una evocación de imágenes de los más finos matices, donde el autor prosigue libremente el camino de su experiencia dejando en la palabra escrita, toda la belleza, toda la verdad de sus puras concepciones. «Los hombres—dice—son infelices, porque no han sabido encontrar la verdadera vida; conviértanse en lo opuesto de lo que son; hagan lo contrario de lo que hacen y empezará sobre la tierra la fiesta de la felicidad.»

Estas justísimas observaciones reales, estos ambientes y colores que son como visiones de una edad lejana, pero accesible hasta nuestros días, absorben nuestro espíritu al seguir los movimientos de su formación, proyectándose en nuestra alma, moviéndose en nuestra imaginación y apoderándose de nuestro ánimo una profunda compasión, movida por un fondo de simpatía hacia los hombres que no conociendo la grandeza moral de este libro no han podido hallar el mismo deleite espiritual en su alma, la misma lozana inspiración en su espíritu, la misma bondad, el mismo amor en su corazón.

Écija y Octubre de 1925.

JOSÉ MARTÍN JIMÉNEZ

SEVILLA



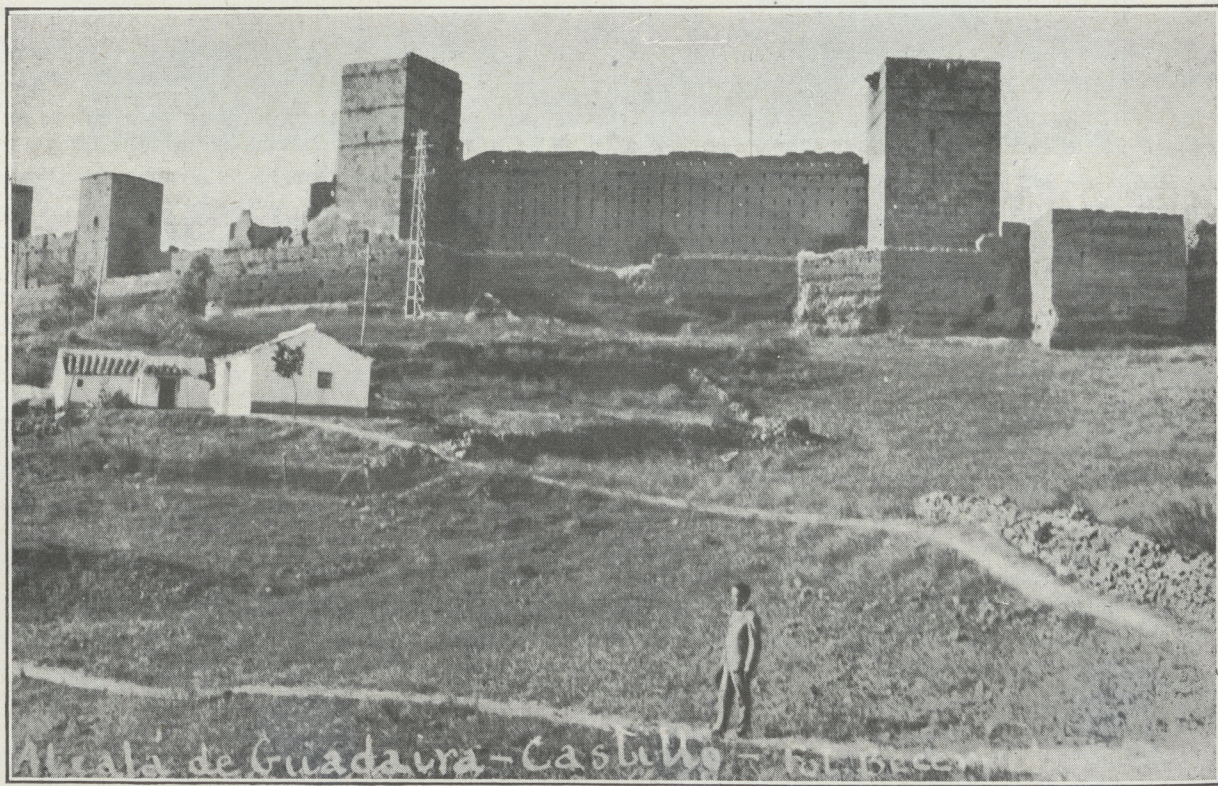
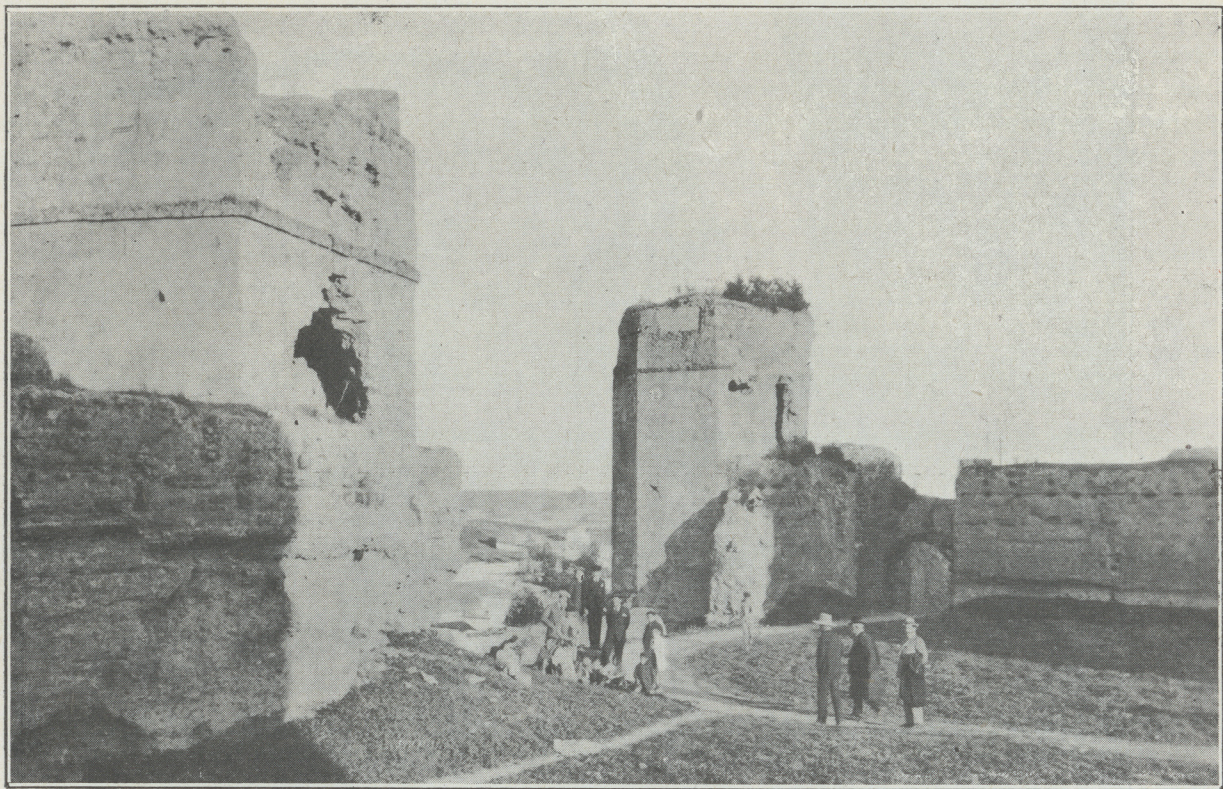
PLAZA DE MENJIBAR

CUADRO

DE

R. GONZALEZ SAENZ

QUINTA
EXPOSICION



I B E R O A M E R I C A N A

*Siempre que la trayectoria del acaso nos conduce a lugares de abolengo, y nos muestra con secreto e inarticulado orgullo la fuerza y la majestad de alguna imponente construcción del tiempo milenario, la primera imagen que empuja las puertas de nuestro cerebro es aquella — de concepción tan feliz — del admirador árabe ante las Pirámides de Memphis: **Todas las cosas temen al tiempo, pero el tiempo teme a las pirámides.** Más de una vez abrigamos este sentido de contemplación al remontar nuestros pasos a las cumbres, que sustentan el glorioso y formidable Castillo de Alcalá de Guadaira. Es el prestigio magnánimo que de su grandeza histórica, ofrecerá nuestra ciudad a sus ilustres visitantes; aquel día de honor y de cumplimiento de sus patrióticos deberes relacionados al Certamen.*

P. R.

¡NOCHEBUENA!



NOCHE DE ILUSION

A ti—quien Dios y yo conocemos solamente tu nombre—, con respeto y admiración te dedico estos humildes versos, embellecidos con las galas de la rima.

Ya es de noche... ¡nieva! Si esto es en el llano ¡madre!, qué será en la sierra.

Todo hoy se ha vestido de blanco; de ese albo color de la fiesta. Se parece a una novia—con traje de armiño—la Tierra... ¡Madre!.. ¡qué bonitas se vuelven las cosas, así... cuando nieva.

El cielo aparece cuajado de nubes; y a través del oscuro cristal de una de éstas, poderosa, una luz resplandece: es la luz celestial de una estrella. De la estrella que guía los pasos de la real caravana, de oro, seda y preciosos diamantes... ¡que es muy rica y muy regia! la gente que pisa la nieve, buscando a ese niño, divino, que nace, en la *Nochebuena*. A ese hijo de Dios—hecho carne— que viene, a salvar al mundo, de sus muchos *pecados y afrentas*.

¡Qué bonita es la luz—que en las noches de horror—resplandece..!

¡Madre!.. ¡qué bonita es la luz de una estrella!

Ya en Belén está el niño naciendo; con qué ansia su ¡madre! le espera...

Y entre nieve otro hijo... ¡se muere!, y otra ¡madre! le llora... ¡y le reza!

Junto al lar, unos niños—alegres—cantan *villancicos* en la *Nochebuena*. Entre tanto, la leña crepita en la chimenea y las cosas se visten de blanco, allá fuera, y un albo sudario, el cielo, regala a la Tierra.

Pero al hijo de Dios ya encontraron—las personas regias—que de Oriente venían—guiadas—por la mágica luz de una estrella. Y rendidos le ofrecen valiosos presentes... ¡riquezas! Y la madre de Cristo se ríe ¡llorosa... contenta!

¡Qué feliz es la madre que tiene a su hijo, así... ¡junto a ella!

Es de noche... ¡nieva! Si así es en el llano ¡madre!.. qué será en la sierra...

¡Cómo miran los lobos... qué mirada tan fría y siniestra!.. ¡Madre, hazles que huyan!.. ¡Mira, madre... que vienen... que llegan!..

¡Diles que se vayan!.. ¡Qué esperas?.. ¡Que van a comerme!.. ¡Madre... que se acercan!..

¡Cantad *villancicos* de la *Nochebuena*..! ¡Cantad en los lares, al son de los himnos de humo y de fuego, que entona al quemarse la leña! ¡Que así no hace frío; y en las noches de invierno—apetece—estar pegaditos a la chimenea!

¡Cantad al que nace anunciando la vida!

...¡Qué os importa, que rece y que llore ¡una madre!, porque su hijo del alma se muera! ¡Cantad, que aún es pronto; que tiempo—viviendo—de sobra aún os queda, de sufrir; y saber lo que sutre una madre, al pensar que su hijo querido se muera!

¿Qué haces, madre?.. ¿Rezas?.. ¡No reces por mí! ¿No ves cómo hoy todo se viste de fiesta?.. ¡Madre... qué frío tengo!..

¿Es verdad que la sangre se hiela?

¡Qué bonitas las flores están... igualitas... vestidas de armiño... así... cuando nieva!..

Ya se murió el niño, y la madre rezó.

Siempre en *Nochebuena* habrá *villancicos*, que canten, al calor del fuego de la chimenea; y niños que nazcan; y niños—enfermos de hambre y de frío—que entre blancos cendales de nieve... ¡se mueran!

Y ¡madres! que ríen, y ¡madres! que lloren y recen...—en tanto que nieva... A todas las horas y en todas las noches... sin ser ¡NOCHEBUENA!

Sevilla, XII - 925.

ANTONIO CERCÓS

MANUEL CALVO ARAUJO

A mi sobrino D. José Fuentes Ojeda modelo de rectitud y honradez

En la Primavera, qué grato es vagar
Por cármenes bellos bordados de flores,
Como las alfombras de Esmirna y Ceilán.
¡Qué suaves nos son las caricias
Del céfiro blando que viene del mar!
¡Cuánto nos alegran las tintas del Alba,
Color de los sueños de felicidad!
¡Qué grato embeleso produce el aroma
Que exhalan los nardos en noche estival!
Y en los plenilunios de Abril y de Mayo,
Dónde se hallaría más amenidad,
Que a orilla del Betis, viendo la Giralda,
Entre los efluvios de tanto azahar,
Y oyendo las notas de algún arpa, herida
Por las castas manos de ninfa ideal.
Pues hay un oasis, aún más codiciable
Que cuantas bellezas se puedan pensar:
Es el alma honrada de todo hombre bueno;
Donde el sobresalto no existe jamás,
Donde siempre pasan felices las horas,
Donde la Conciencia diáfana está,
Porque los fantasmas del Vicio y del Crimen
En su limpio espejo no asoman jamás.

CONSEJO POÉTICO

A mi querido hijo Isaac

Como cuerdas, los versos sean vibrantes;
Y ostienten los matices de las flores;
Y arpegien, cual canoros ruiseñores,
E irradien, cual facetas de diamantes.

Bellos, armoniosos y brillantes,
La meta alcanzarán de los mejores,
Si, entre tantas riquezas y primores,
Contienen pensamientos penetrantes.

Versos que hablan tan sólo a los sentidos,
Al fin se esfuman, cual la niebla vaga,
Sin dejar impresión después de oídos.

Mas los versos que hieren como daga,
Produce su emoción fuertes latidos
Que alcanzan un eco que jamás se apaga.

ANTONIO GUERRA OJEDA

PAISAJE DE INVIERNO

¡Reina el horror en la invernada!
Ruge la fiera despiadada;
la que desnuda la enramada
de frutos, nidos y verdor
y hace girar funambulesca
la zarabanda gigantesca
que arranca al bosque una grotesca
mueca y un grito de dolor.

Siembra lamentos funerales
y zumba en los cañaverales
como un gemir de ansias mortales
el rudo ímpetu; y feroz
con nívea garra oprime el llano,
mientras se advierte, allá, lejano,
todo el furor del oceano
en la iracundia de su voz.

Secóse el llanto de los sauces

al crudo aliento de sus fauces.
El agua salta de sus cauces
devastadora sin piedad.
¡Mantenedor de la tristeza!
¡Profanador de la belleza!
Tú haces tortura la pobreza
y espanto cruel la soledad.

Un hombre envuelto en un tabardo
la vista al suelo, el paso tardo
y el alma herida por tu dardo,
va al cementerio del lugar.
Y en una caja, blanca, yerba,
su corazón... ¡la niña muerta!
¡Flor que segaste antes de abierta!
¡Don de su amor! ¡Miel de su hogar!

¡Todo a tu empuje queda inerte!
Y te proclamas el más fuerte.

Hasta el imperio de la muerte
te quieres, vano, atribuir.
¿De qué te jactas, cruel invierno?
La muerte es frío. ¡Frio eterno!
Tú eres, tan sólo, frío externo
y a tu pesar has de morir.

De tu caverna a los umbrales
ya se aproximan, ya, marciales
áureos céfiros primaverales
con todo el séquito de Abril:
Alto plumaje de colores.
Vivo clarín de ruiseñores.
Lanzas de sol. Cascos de flores.
Son de dulzaina y tamboril.

JOSÉ M.^a MONFORT

EL VIENTO Y TÚ

El viento fué de parranda
y atravesó el naranjal:
se han perfumado las coplas
con tu voz y el azahar.

En sus alforjas me traje
lo que le diste al pasar,
en sus angarillas nuevas
de asnillo primaverales:

el cascabel de tu risa,
loco de tanto sonar,
que entre la miel del silencio,
deja un granito de sal.

Arrierito es el viento...
Si lo mandas, él te irá
por la espuma de las olas
a la orillita del mar.

El empujará las nubes
hacia un puerto sideral
y enganchará los luceros,
con sus redes, al pasar.

Tu nombre grabo en mi alma
y él no lo podrá borrar,
que el viento no borra nunca
lo que se copia en el mar.

ADRIANO DEL VALLE

MIS LÁGRIMAS

La hosquedad del desierto presentaba
En sus estancias, mi murado abrigo,
Y tú lo transformaste, que contigo,
En mi hogar la delicia penetraba.

Terminó mi disgusto lancinante,
Y humedeció mis ojos la bonanza:
Se bautizó mi corazón amante,
Con lágrimas de eterna venturanza.

ENRIQUE REAL MAGDALENO

A LA MEMORIA DE MI INOLVIDABLE AMIGO EL INSIGNE POETA

D. BENITO MAS Y PRAT

Entre juncias y verdes naranjales
Va el Genil extendiendo su corriente,
Y repite, al pasar, el eco ardiente
De tus divinos versos inmortales.

Ora son tus kasidas orientales
Que nos traen de la Arabia el grato ambiente;
Ya tus *Nocturnos*, cual volcán hirviente
Del que brotan bellezas a raudales.

También el río a quien el orbe admira
Pasmóse ante los sonos de tu lira
Que aún resuenan ¡oh, cisne astigitano!

Y no habrán de extinguirse sus rumores
Mientras corra el Genil besando flores
Y dé el Betis tributo al Oceano.

MANUEL CONTRERAS CARRIÓN

VESPERTINO

En la dulce fatiga de la hora
se desangran las púrpuras mejores,
igual que la promesa turbadora
de unos labios bermejos y traidores.

¿En dónde está nuestro dolor?.. Ahora
es el alma, sin ansias ni fervores,
una blanca pereza que afesora
un pávido fesfín de surtidores.

Hay un rito plural en la arboleda.
En el suspiro eglógico se enreda
la orquestación pueril de los jilgueros:

Y al oirla, de pronto no se afina
si nuestro corazón es el que irina,
o el corazón azul de los luceros.

ANTONIO VIÑOLO MONTES

JARDÍN DE ENSUEÑO

Lluvia de oro puso el sol en sus cabellos
y luz de amanecer en su mirada,
y, a su conjuro, luego
brobaron de repente
con claror de alborada
como botón de fuego,
los nardos de su frente,
la rosa de sus labios
que al carmín y a la nieve dan agravios.

De violetas sencillas
orláronse sus ojos
en ojeras de ensueño;
y, por ser de ellas dueño,
sobre el blanco jazmín de las mejillas
vertió sus tintes rojos
— de su belleza ufano —
un clavel encendido
de la amapola y de la sangre hermano.

Blando como la brisa
tiene el andar majestuoso y lento;
hay música de frondas en su aliento,
incienso de rosales en su aliento
y rumor de fontana en su sonrisa.

Y, porque no faltara
al mágico jardín de mi quimera
— lugar de paraíso —
un don que a los más altos excediera,
la bondad de Dios quiso
que el jardín habitara
un alma, Virgen de hermosura rara,
para que en él luciera
la gracia de una eterna primavera.

Madrid, 1926,

FERNANDO GARCÍA GIMENO

PARA TI

Eres un tierno capullo
que en el jardín de la vida
naciste, niña querida,
bajo el maternal arrullo.

Con tus risas cristalinas
a pisar vas empezando
flores que el tiempo volando
puede trocar en espinas.

El tiempo fugaz huirá,
te convertirás en flor
y añorarás tu candor,
que jamás retornará.

Y al esfumarse los años
también se va la ilusión,
que deja en pos decepción,
amargura, desengaños.

Porque no es más esta vida
que constantes sufrimientos,
y detrás de los contentos
está del dolor la herida.

Huirán tus adornos bellos
llenos de infantiles brisas:
la música de tus risas
y el oro de tus cabellos.

Porque los días al correr
se llevarán tu alegría,
te traerán melancolía
recordándote el ayer.

¡Ay, encerrar quién pudiera
en un estuche de oro,
de tu niñez el tesoro
para que jamás huyera!

A. MARTÍNEZ BADAJOZ



Asistentes al vino de honor, dado al pintor Agustín Segura

EL ARTE DE AGUSTÍN SEGURA

AMIGOS, COMPAÑEROS:

CUARTILLAS LEÍDAS POR SU AUTOR EN EL ACTO DEL VINO DE HONOR
AL NOTABILÍSIMO ARTISTA AGUSTÍN SEGURA

Permitidme unas líneas de elogio al pintor Agustín Segura, en este homenaje que le tributamos, y que ensalza, una vez más, el perenne triunfo del Arte de nuestra Andalucía, corazón de España.

Yo, que ayer elevé mi palabra para cantar la obra de un pintor fantasmagórico, Néstor Fernández de la Torre, álzola hoy para exaltar la de un pintor naturalista, Agustín Segura. Porque para mí, hombre ecléctico del siglo XX, no existen prejuicios de escuela, sino *bueno* o *malo*. Y el arte de Segura es rotundamente bueno.

Diseña Segura con el color; por eso su dibujo no es un dibujo muerto, sino irradiado por la luz. La línea de la pintura de este artista es una línea dinámica, vibrátil, viva.

En Segura, línea y color son una misma cosa; no se sabe si aquélla genera a éste, o si éste forja a aquélla. Así en la realidad y en sus imperecederos apóstoles Velázquez y Goya.

El dibujo de este pintor no es el academicista de relleno, no nace antes del color, sino a la vez de él; porque línea y matiz son hermanos gemelos. En la Naturaleza se presentan fundidos, amalgamados, uno.

Así entienden la técnica los maestros Bilbao y Bacarissas y así la engendraron los españoles naturalistas del siglo de oro.

El arte de Segura es diáfananamente clasificable, no tiene reminiscencias de Italia, ni de Flandes, ni de Francia.

No se nutren las raíces de este árbol en tierras de Miguel Angel ni de Ticiano, de Van Dyck ni de Rubens, de Teniers, ni de Cezanne, sino beben en las glebas madres la savia recia y fecunda que nutriera la flora inmortal de Velázquez y de Murillo, de Ribera y de Goya. Es Agustín Segura un pintor netamente español, un pintor de la Raza.

Pero sobre todo, el arte de Segura está tocado de la gracia, ala flamígera y vibrante del espíritu de la Bética, de ese ala con la que en poesía volaron Alcázar y Cetina, Herrera y Rioja, y en arte los maestros andaluces. De Sánchez de Castro a Alejo Fernández, de Roelas a Murillo, de García Ramos a Gonzalo Bilbao, corre el arco encendido de la gracia.

Agustín Segura ve el color y la línea y los espiritualiza con la gracia. Y esto lógranlo sólo los elegidos.

El arte de Segura es el vino añejo de la cepa del bético arte, el líquido sol flamígero, escanciado en la caña esbelta de una técnica traslúcidamente meridiana, diáfananamente pura como una fuente clara.

Sevilla, 10 de enero de 1926.

FERNANDO DE LOS RÍOS

—¡¡¡Olé!!! ¡¡Olé...!!! ¡¡Olé...!!!

Y las multitudes aplaudían con paroxista devanamiento de palmas, gritaban sin pausas a las notas fuertes y vibrantes que lanzaba el órgano humano de catorce mil gargantas.

Belmonte sonreía..., el pueblo pagaba a la recíproca, mudando las palmas por los adjetivos, galantes unos, enérgicamente y atrevidamente desenvueltos y viriles otros; el caso era que no sólo Belmonte participara de la gloria, sino en primer término la madre que preciosamente lo concibió en sus geniales entrañas, después todas sus generaciones pasadas y las que estaban por venir.

Allá en los tendidos, junto a barreras y estribos, estaban los picadores, con sus picas, como lanzas de la edad media reducidas en sus filos y extremos, para encubrir más hipócritamente en nuestros días sus alevosos y certeros golpes de muerte. Caballeros en sus piafantes, con los ojos vendados, esperaban en actitud de defensa y de combate al toro de España, que llegaba atronante de saña y de furor a embestir sin caridad y a destrozarse el pecho, y a pulverizarle y a descomponer a jirones corazón e intestinos, arrojándolos a fiios y tiras por el suelo, al viejo y desgraciado caballo, secuestrada su cansada y apagada mirada ante el imponente y ante el horrisono peligro de esa irrefrenable, de esa irresistible acometida del fiero y gallardo toro español...

Llegaba *homérico* Belmonte, llegaban *sacerdotes* los cuadrilleros; había que salvar con un «quite», pero sólo con un «quite» que arrancara aplausos y aumentara gloria, la terrible y desigual pelea, mas librando únicamente al picador que había caído en la arena porque su brazo fué impotente a resistir el ataque del toro español, y habían rodado caballo y caballero, éste reintegrado a la vida, aquél muerto en dramático y horrible expolio, y alejado, muy alejado de cualquier misérrima o confortadora remota voz que premiara con algún leve recuerdo por cuanto relinchó en su juventud, saludando noblemente la presencia de sus amos. Y cómo noblemente tiró durante progresivos años del coche del gran señor o la berlina de la refinada dama; cómo en noches de invierno galopó sin desmayo por ciudades y carreteras, para traer al médico que salvara al gran señor o a la refinada dama de la muerte; cómo trajo al misionero de Dios con el Viático que exculpara al gran señor o a la refinada dama de la condena eterna; cómo al caer en el desprecio por cansado y viejo, en el ánimo del

gran señor o de la refinada dama, trabajó en días de fuego y en noches de hielo, sufriendo hambre y sed para nutrir de pan y de agua al hogar de su nuevo amo: el cochero de punto... Allí yacía ese pobre y majestuoso irracional, que fué veinticinco años útil al hombre, cuando era sanguinolento su galopar y sus crines ondulaban sueltas al viento...

Pero las multitudes desconocían las virtudes insuperables de aquel amigo, de aquel generoso auxiliar del hombre, y pedían «¡más caballos, más caballos!», porque con los cuatro tendidos, después de terrorífica agonía, en charco de sangre por el ruedo, no eran bastantes. Al toro le quedaban bríos y pujanza y fiereza atroces para matar más caballos y era preciso saciar los afanes destructores, las modalidades de las conciencias empedernidas, sacando de las miserables cuadras y a la muerte «¡más caballos, más caballos!»

Después, las multitudes rieron con énfasis de niño, porque el toro, el toro español, danzó delirantemente en medio de la plaza, cuando le clavaron las banderillas, como arpones, en sus carnes, de las que había salido ya una copiosa angustia de sangre.

Pero también las multitudes se emocionaron, y hubo el profundo silencio de los santuarios, llegado el momento de que Belmonte cogiera el estoque y el rojo sudario de la muerte y el camino hacia el tendido donde se deshacía iracundo el toro español.

Y otra vez escucháronse los tecnicismos...

—¡Qué tres primeros pases con la derecha, alisando el lomo al toro y aguantando la «mecha»!

—¡Vaya un pase de pecho magnífico!

—¡Dos de molinete!, ¡otro de pecho superiorísimo!

La música desbordóse rotunda; atronaron el espacio los jolés!, gritos, emoción, admiración. Frases galantes, adjetivos entonados y viriles, se confundían y estremecían ante el indescriptible arrojamiento del tipo de la raza cara a cara al toro de España.

Surgía la calma, volvían los tecnicismos:

—¡Nuevos pases!

—¡Uno de molinete magistral!

—¡Emocionantísimo!

—¡Qué manera tan derecha de arrancar!

—¡Qué estocada hasta el puño!

—¡El toro ha rodado sin puntilla!

Aquí ya fueron las barricadas del entusiasmo, estruendosísimas, enloquecedoras ovaciones. El delirio, la exacerbación en las muchedumbres...

Oh, el pobre toro español. Todos lo hemos visto muchas veces en sus campos verdeantes, en sus campiñas frescas y olorosas. Estaba ágil, nervioso movía la cola; después oteaba el horizonte...

¿Presintiendo quizás su destino?

Ni aun así pensó en el más allá, ni en conducir la ferocidad de sus instintos a los pueblos y a las ciudades donde moran los hombres en la paz y en la quietud...

Las multitudes saltaron la barrera, levantaron a Belmonte en hombros, lo pasearon triunfalmente por la plaza y siguieron con él, puertas afuera, como ídolo sobre un pedestal hecho de cabezas de humanidad, bajo un arco de triunfo...

Y hubo quien se envaneció pregonando que había soportado sobre sus hombros lo más velado ypreciado del cuerpo del gran torero.

El acaso cruzó las miradas de Amparo y de Paquito.

Siluetada ella en su palco, de pie él en su tendido, se miraron afanosamente. Al fin, dijo Paquito a Amparo con altanería:

—¡Ahí lo tienes, el mejor!

IX

Cabalgaron esfumantes los días felices en que Belmonte alegrara la vida de toda una insaciada multitud.

Dolido el corazón, inmensa parte de esos ciudadanos renovaban su vida habitual, y los forasteros y los advenedizos, en largas, interminables, ordenadas caravanas, desfilaban nuevamente por las calles de la urbe, de regreso a sus hogares, a sus valles, a sus alcores.

Subsistía, empero, un consuelo que estimulaba y contenía el ánimo no hartado de tanta gente: la esperanza ineludible de ver otra vez a Belmonte, tan sublime y tan magnífico. Con la más leve indicación, abandonarían de nuevo sus quehaceres y sus perentorias ocupaciones, emprenderían el viaje por muy molesto que se ofreciese, y contemplarían a Belmonte cuantas veces hiciérase necesario y lo ordenasen las circunstancias. Para ello no existirían jamás ni argumentos, ni escrúpulos, ni rodeos de clase alguna.

Abril aún derramaba su divino optimismo, el sol iluminaba a toda Sevilla de amores y de elocuencias emocionales.

En esta ocasión Paquito estaba preocupado; nadie podía descifrar concretamente los motivos. ¿La gran depresión del espíritu, el quebrantamiento nervioso después de las grandes emociones, o el sol de Andalucía que traía ansioso calores y pretuberancias de vida a los organismos bañados aún en las humedades del invierno? Tampoco era posible establecerlo.

Y el caso es...

—¿Estás triste, sobrino?, tuvo que preguntarle Doña Rosario, observando que Paquito parecía obsesionado y sin darse cuenta de lo que le rodeaba.

Paquito se repuso, disimulando lo que con indelebles huellas se dibujaba en su rostro, deshaciéndose en atenciones para con su tía, a la que sentó a su lado.

—Disculpe, tía, es que estaba preocupado con asuntos de oficina, pero nada más.

—¿Nada más..?

—De seguro.

—¿Y el otro día, ayer, hoy?

—¿Qué quiere usted decir?

—Pues que hace una semana que estoy entre vosotros y no he podido acercarme a ti que te viera un momento la cara alegre. Tu madre misma está preocupada con tu extraña actitud.

—Lo sé y mucho ha trabajado por sacarme la verdad de lo que me sucede, pero como en realidad nada me pasa, no sé qué es lo que voy a confesar.

—Quizás tu carácter de bondad te fuerce a la resignación y te mantenga impenetrable.

—Gracias, tía, por el favor de su elogio, pero si algo pesara sobre mí ¿por qué lo había de ocultar?

—Según el caso...

—Usted conoce mi vida.

—Más en mi abono para saber que un muchacho bueno, pacífico y amante de su madre como tú lo eres, no pueda alterarse como tú lo estás, sin un motivo serio. No sabes lo mucho que esto me deprime ahora que tenía que hablarte de tantas cosas.

Las últimas palabras de Doña Rosario despertaron cierto interés en el sobrino, que ya mostró curiosidad por saber lo que su tía pretendía hablarle. Y si tuvo honda preocupación por Amparo, la desechó momentáneamente.

—Dígame cuanto guste, tía—insinuó Paquito, enmascarándose en calma y reposo—que yo la he de escuchar con viva atención, repitiéndole que nada embarga mi ánimo.

No se convenció Doña Rosario de que estas palabras fulgieran sinceridad, pero como a ella le inclinaba dar a conocer el motivo de su visita a la hermana y al sobrino, pasó por alto obstinaciones y comenzó a objetar:

—Quiero que sepas, sobrino, con toda franqueza, que ya mucho pesan sobre mí los sesenta años que tengo de vida; a tu madre, aunque tiene algunos menos, también le van cansando, que no es poco lo que ha sufrido para criarte, como a tus demás hermanos; no ha podido aún amortiguar la pena de la muerte de tu pobre padre hace dos años, como tampoco esa otra pena natural de ver que los hijos se han casado y cada uno ha tirado por su lado. Sólo le queda tú, de sustento y de consuelo.

A medida que hablaba Doña Rosario, se disipaban en el rostro de Paquito los rasgos de tristeza, para pronunciarse un ansia de crecida impaciencia por conocer el término de aquellas manifestaciones, que le intrigaron gravemente.

Doña Rosario prosiguió:

—La renta de las dos casitas que tenéis en el pueblo; lo que tu desgraciada madre, a costa de mucha salud, saca de la costura; lo que tú, a fuerza de quebraderos de cabeza, ganas en la oficina, nunca os libran de apuros y estrecheces. ¿No es esto cierto, sobrino?

—Muy cierto, tía—contestó Paquito casi mecánicamente y como queriendo dar una respuesta breve, que diese motivo a que Doña Rosario no interrumpiese su conversación.

Con la misma ecuanimidad, Doña Rosario fué a su tema, satisfecha de que el sobrino prestara verdadera atención a sus palabras.

—Pues bien, al grano, como suele decirse: Yo sé que Dios muy pronto se acordará de mí, y yo quiero, antes de que llegue ese caso, entregarme al arreglo de mis cosas del mundo, y en beneficio de quien las merezca. Yo dejo todo para vosotros, es decir, para tu madre y para ti, que en cuanto a tus otros hermanos, como han prosperado, nada necesitan. Tú sabes que tu tío, mi difunto esposo, me dejó buenas fincas, son varias y de las mejores del pueblo; tengo algunas aranzadas de tierra de calma y de olivar, a más de un buen molino aceitero, acondicionado para moler muchas fanegas de aceitunas al día. Tengo también varias yuntas

propias, que labran las tierras, a más de grandes cantidades de aperos de labranza, que no gastarás en los días de tu vida. Dicho esto ¿no crees, sobrino, que en vez de buscar tu suerte aquí en la capital, por un camino muy angosto, que más aventajarías viniendo al pueblo, donde todo sería vuestro como mío?

Boquiabierto quedó Paquito Ruiz con lo escuchado de labios de su tía. Mucho le halagaron sus nobles y desinteresadas proposiciones. Vaciló unos instantes antes de contestar al requerimiento de Doña Rosario. Ésta, a quien devoraba la impaciencia por saber lo que decidía el sobrino, hubo de interrumpirle en su meditación, para observarle en tonos de extrañeza:

—Veo que mis intenciones te han dado que pensar.

—Comprenda usted, tía... ahora... es tan rápida su manifestación, que por muy tentadora y cariñosa que sea, yo, al fin y al cabo, debo hablar con quien debe autorizarme a la aceptación de sus proposiciones.

—Esas son *salidas* tuyas. Demasiado sabes que tu madre, su alegría mayor sería que viviésemos juntas y que tú fueses el que pusiera su talento al servicio de la administración de lo que Dios nos concedió en la tierra.

—Pero tía, ¿yo cómo voy a administrar lo que no entiendo?

—Tu buena voluntad y tu inteligencia lo suplirán todo. Quizás también con la vida de campo tornarán tus alegrías, te harás más hombre, no te exaltarán las luchas y las pasiones de una gran capital. En fin, que lo serás todo...

Paquito se entregó breves instantes al examen del problema con que era abordado, contestando resueltamente:

—Quizás tenga usted razón, tía. El campo, los aires puros... Pero déjeme usted siquiera enfocar algo las cosas de aquí al Corpus.

—¿Tiene que ser precisamente hasta esa fecha?

—Sí, tía, porque no quisiera perder una gran corrida que tendrá lugar precisamente en esa fecha, y con Belmonte...

(Continuará)

De las grandes y prósperas industrias Españolas

EXPORTACIÓN DE ACEITUNAS

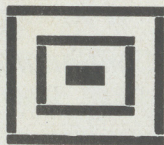
***** Y CONSERVAS *****

ESPEJO-GUTIÉRREZ

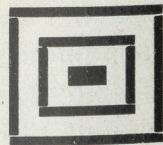
CASAS UNIDAS, S. A.



DIRECCIÓN TELEGRÁFICA: **UNIDAS** = CLAVE EN USO: A. B. C. 5.^a EDICIÓN MEJORADA



ALCALÁ DE GUADAIRA



..... (SEVILLA)



LOYGORRI

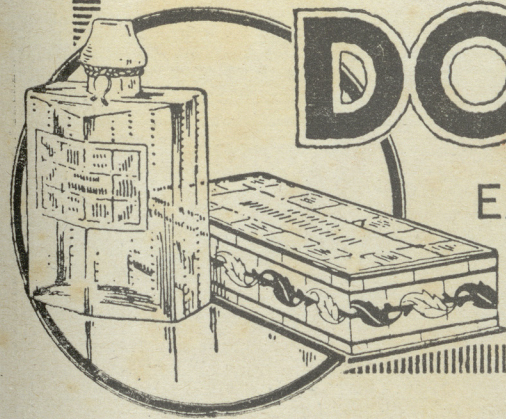
Venecia!

Todo el misterio y la voluptuosidad de la ciudad encantada, se halla condensado en el perfume de los productos

DOGARESA

EXTRACTO JABÓN COLONIA

POLVOS LOCION



OROMANA

REVISTA MENSUAL

SITIOS DE VENTA

Itálica, Blanca de los Ríos, 6
Vda. de T. Sanz, Sierpes, 90
Lorenzo Blanco, Villegas, 5
S. Peralto, Salmerón, 5
José Navarro, Sierpes, 4
Carlos García, H. Colón
Kiosco Puerta Carmona
» Puerta de la Carne
Puesto Círculo Militar

Precio de Suscripción

Trimestre Ptas. 1,50
Semestre „ 2,75
Año „ 5,00

SITIOS DE VENTA

Puesto Vda. Bermudo, Cuatro esquinas de S. José
Puesto Aniceta, Pza. de San Francisco (esq. Sierpes)
Puesto Café Central
» Café Madrid
» Calle San Eloy
» Puerta Jerez
» Cojo de Sta. Catalina

Lea Vd. la sugestiva obrita titulada

NOVIO DE SEVILLA

DE PEDRO RAIDÁ

De venta en librerías y en la Imprenta de M. Carmona
al precio de 1,50 Ptas.